

"Macavity, el Gato Misterio", y comenta la autora: "¿Dónde quedó este Gato indiferente, joven, pero viejo, sentado calmo e inescrutable, haciendo comentarios sarcásticos o amargos? Se fue quedando en el camino, abandonando de una en una las partes de su disimulación, tirando los trozos de su máscara pública, muriendo con el gradual sacrificio de su personalidad externa para aprender a vivir: "he sido liberado de aquel ser que pretendía ser alguien; —y al convertirme en nadie, empiezo a vivir—. Vale la pena morir, para descubrir lo que es la vida" (pág. 102). La conversión del poeta se consuma.

Es tan sugerente y evocador de los divinos misterios el libro de la joven escritora, que el crítico se resiste en reparar algunos galicismos y anglicismos que empobrecen su estilo: pero a una escritora de su magnitud no le podemos tolerar el uso del manoseado galicismo "en base a" ni del anglicismo "standard". Fácilmente pudo decir "con relación a los niveles", en la pág. 69.

La autora, con la mayor naturalidad, ha trazado una imagen muy singular y exacta del poeta Thomas Stearns Eliot; ella contribuirá eficazmente a un mejor conocimiento de la personalidad y de la obra del gran convertido norteamericano.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At403-28MTFA10028>

*Memorias de un Tolstoyano*, de FERNANDO SANTIVÁN.  
(2ª edición), Zig-Zag, 1963

La Editorial Zig-Zag acaba de publicar la segunda edición de las *Memorias de un Tolstoyano*, tal vez la mejor obra del novelista, escritor y periodista, Fernando Santiván.

El autor pertenece a la brillante generación de Mariano Latorre, prologuista de estas *Memorias* y jefe del Criollismo chileno; Rafael Maluenda y Eduardo Barrios, novelistas y cuentistas de justa fama, recién fallecidos, y Joaquín Edwards Bello, escritor universal, cronista recio de imaginación portentosa y crítico terrible y temido de la sociedad chilena de comienzos del siglo que vivimos.

Santiván ha escrito cuentos, novelas, crítica literaria y actualmente colabora en los diarios del sur, donde vive desde hace algunos años; por su dilatada labor literaria recibió el Premio Nacional de Literatura en 1952 y se le nombró miembro correspondiente de la Academia de la Lengua en Valdivia. Sus novelas señalan al observador perspicaz que, sin perderse en inútiles descripciones, va al fondo de las cosas y retrata con pluma maestra la realidad de la vida en las situaciones y personajes. En general sus obras tienen el sello característico de la personalidad romántico-dramática del autor, por lo cual en sus creaciones aparece latente la compleja existencia de Santiván. Sus novelas y cuentos manifiestan también su absoluta disconformidad con las injusticias sociales y, en general, tocan temas políticos y sociales: *El Mulato Riquelme* y *Ansia* son novelas de este tipo. "El mundo está mal organizado —dice Santiván— y hay que procurar arreglarlo. Por ese ideal lucharé toda mi vida. Quiero principiar por nuestra patria. Tenemos que destruir muchos prejuicios, principiendo por las castas sociales".

Mariano Latorre, en el prólogo de las dos ediciones de las *Memorias de un Tolstoyano*, ha dicho lo preciso acerca de la labor creadora de Santiván: "Especialmente en su primera etapa —afirma— el autor no es un simple espectador ni un intérprete del trozo de vida que intenta contar. Interviene apasionadamente en el relato y odia o defiende a sus personajes".

"Es como un estado de trance, muy frecuente en los escritores de la época postnaturalista".

"El novelista o el dramaturgo quieren libertarse del romanticismo aún vivo, y, al mismo tiempo, no caer en la vulgaridad de los detalles pequeños. Sin que se lo proponga, la ficción se convierte en autobiografía y el escritor convive con sus propias creaciones, suponiéndolas reales".

"La ficción no es sino una manera de confesarse, y la confesión es una novela sin dejar de ser ficción. Y estriba en esto la originalidad, precisamente".

Las *Memorias de un Tolstoyano* son una novela; desde ahora Santiván se ha convertido, sin reticencias, en el personaje central de la obra; en las novelas se disfrazaba, aquí lo hace sin tapujos: se confiesa sincera y públicamente y, por lo mismo, este libro tiene un auténtico valor humano. Hay también otros actores: Augusto Thomson, más tarde Augusto d'Halmar, su abuelita y hermanas y otros miembros de la Colonia Tolstoyana.

Primero se ubica Santiván, sencilla y honradamente: es hijo de un noble castellano montañés y de una chillaneja a la cual la familia de su padre mira en menos, aunque está emparentada con gente linajuda; tiene grande afición por la Literatura Española, admira a Pereda, Valera y Alarcón, desconoce todavía a los escritores franceses entonces en boga: Verlaine, Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud; sus amigos le motejan de "anticuado". Por aquel tiempo, fines del siglo pasado, conoce a Mariano Latorre, con quien sería más tarde muy amigo y émulo en las actividades literarias.

Joven inquieto, ávido de novedades, Santiván era un forastero en su hogar; se fugó a Santiago, volvió a la tierra nativa fue un mal estudiante. Soñaba con un viaje a París; tenía amigos libertinos y frecuentó ambientes inmorales; los pasatiempos concluyeron pronto, "pero ya mi ánimo se hallaba desmoralizado", dice. Tuvo un comienzo de neurastenia. "La sociedad —expresa— indudablemente estaba mal constituida. Recordaba con fastidio la actitud hostil que tuvieron en otro tiempo la familia contra su abuela porque pertenecía a la clase media y luego el vacío que se hizo a la esposa morganática" (pág. 79). En represalia y para promover la justicia social ingresó en el Partido Demócrata, recién fundado (1886).

Entró en la Escuela de Artes y Oficios, compartió a regañadientes con los obreros, pero buscaba la amistad de "muchachos que provenían de clases sociales más cultivadas". En el fondo era un aristócrata, trasplantado en el ambiente de la Escuela: buscaba el aislamiento, leía los libros que le proporcionaba la biblioteca del establecimiento; se aficionó a las especulaciones filosóficas y acabó por volver al catolicismo, "la religión conocida junto con la leche materna".

Hastiado de la vida libertina, cambia de rumbo, quiere ser puro y sobrio. Leyó en seguida a los rusos; Gorki y Tolstoy "dejaron de ser autores para convertirse en amigos y consejeros de mi exclusiva pertenencia. Lo que a ellos les inquietaba me inquietaba a mí, como si tuviéramos un misterioso parentesco próximo. Ya no miraba a París sino a Rusia. El misticismo socialista me fue ganando poco a poco; y llegué a emprender ensayos de teorías que me fascinaban".

Augusto Thomson era en aquella época (1904-1905) un joven escritor que ejercía poderoso influjo entre la juventud y Santiván también se sintió atraído por ese mago del arte. Visitó la casa del escritor en la calle Libertad, próxima a la plaza de Yungay o del Roto Chileno, donde vivía con su abuela y dos hermanas; allí llegaba también, entre otros, el pintor Julio Ortiz de Zárate. En la tertulia se hablaba de los escritores rusos y de Ibsen, Maeterlinck y Hauptmann. Hablaban con veneración de Tolstoy; para ellos el artista de Yasnaia Poliana era algo así como un semidios, estaban embelesados con su doctrina moral y filosófica, querían seguirle, ir a Rusia para besar sus manos y adorarlo como a un dios de la mitología griega.

Después de las reuniones vespertinas, quedaban solos Santiván, Thomson y Ortiz de Zárate y conversaban sobre Tolstoy, era una verdadera obsesión; admiraban la "belleza de la vida sencilla, la no resistencia al mal", querían huir de los vicios y placeres de la vida ciudadana y ejercer apostolado entre los campesinos. Hastiado, Santiván, de tanta admiración teórica por la vida de Tolstoy, propuso a sus amigos realizarla y, en ese momento, se formó la Colonia Tolstoyana, cuya efímera existencia es un hermoso capítulo de la Literatura Chilena de nuestro siglo.

No obstante las burlas de que fueron objeto, hasta en la prensa, el triunvirato, Santiván, Thomson y Ortiz de Zárate, salió en una descabellada aventura al sur; fracasada aquella peregrinación, fijaron su residencia en San Bernardo; allí el poeta Manuel Magallanes Moure les facilitó casa y terreno para que pusieran en práctica las doctrinas tolstoyanas. El autor de estas *Memorias* acabó por detestar la tiranía de Augusto Thomson. La Colonia se propuso observar la castidad, pero Santiván sacaba los pies del plato cada vez que le era posible: se enredaba en amores ilícitos y anduvo metido en embrollos románticos. Más tarde, integraron temporalmente el grupo otros artistas, pero el memorialista era invariablemente el cocinero.

Hay en la obra otros personajes importantes: la abuelita y las hermanas de Thomson, Elena y Estela, de las cuales Santiván se enamoró y terminó por casarse con la primera, a la cual sacó de un canal donde estaba a punto de ahogarse. Finalmente se separó de Elena y rompió con su cuñado porque éste no le dejaba convivir libremente con su esposa. Sin duda, hay en estas *Memorias* noveladas, páginas románticas y dramáticas, en las cuales no faltan escenas deshonestas que no se compadecen con los ideales y propósitos de la Colonia Tolstoyana.

La semblanza de Augusto Thomson, el futuro d'Halmar, está hecha con las pinceladas precisas para valorizar la personalidad de este extraño escritor y artista, enemigo de las mujeres, cuyo influjo en las letras chilenas es inne-

gable: crea el imaginismo y es uno de los pocos cultivadores de la prosa poética chilena. D'Halmar es poeta y en su prosa hay más ritmo, musicalidad y emoción que ideas o doctrinas. Alone asegura que de *La conquista del sol* y del final de *A rodar tierras de d'Halmar* nace toda la literatura de Pedro Prado. He aquí su filosofía de *La casa abandonada y de los pájaros errantes*. Santiván, Carlos Mondaca, Guillermo Labarca, Víctor Domingo Silva y Manuel Magallanes Moure son también, en cierto modo, discípulos de d'Halmar.

La pluma de Santiván, no siempre muy castiza, corre sin tropiezos por los breves capítulos de las *Memorias de un Tolstoyano*, rápidos, fantásticos, gratos y a veces incisivos, entre los cuales hay algunos primorosos como *El entierro de la abuelita*, sentimental y romántico, pero impregnado de poesía y con lejanas reminiscencias de la suave prosa de d'Halmar.

F. A. B.

*Bahía, ciudad de leyendas*, de HÉCTOR SUANES.

Brasil es un país fabuloso y el viajero tiene allí mucho que ver y admirar; pero no cualquiera puede percibir la hermosura de esa tierra tropical, sus monumentos artísticos y su rico y variado folklore; para captar las cosas bellas es indispensable poseer alma de artista.

Héctor Suanes, autor de *Bahía, ciudad de leyendas*, vivió en ese país durante largos años y su libro delata al agudo y talentoso observador que supo aprovechar aquella estada para ofrecer al lector una amplia y sugestiva visión de la pintoresca ciudad.

Hay naciones cuyo espíritu y costumbres se conocen, no precisamente en las grandes capitales, sino en una pequeña villa provinciana: esto acontece en Brasil; para adentrarse en la idiosincrasia del nativo es necesario ir a Bahía, la ciudad de leyenda, tan gráficamente descrita en esta obra por la expresiva pluma de Héctor Suanes.

Cuando habla del Mercado del Puerto, desearía ser pintor porque "sólo así podría darse una mínima idea, una fugaz sugerencia de cada uno de esos cuadros de colores berrantes que se ven ahí, a cada paso, recorriendo la Rampa, y que, con su abigarrado ambiente de estibadores negros, de lanchas, saveiros, barquichuelos y ferrys, están pidiendo a gritos un pincel y una tela". El autor es muy modesto, cada página de su libro es una acuarela o una aguafuerte que retrata con vivas tonalidades los diversos aspectos de la villa legendaria. Las iglesias y las originales prácticas religiosas, saturadas de superstición, como aquella del Lavado de Bonfim, son verdaderos cuadros animados por la sorprendente imaginación de Suanes.

Es lamentable que en una edición tan lujosa, ilustrada por Hortensia Oehrens, haya algunas páginas cuyas pruebas fueron mal corregidas, en las cuales aparecen graves errores gramaticales: "¿Cuántas iglesias habrán en total" (pág. 26). ¿Cómo?, querrá decir: ¿Cuántas iglesias *habrá* en total? Es verbo impersonal, en consecuencia el tiempo debe estar en singular. En la misma página, renglones más abajo, leemos: "se trata de una exhuberante suma", y en la página 31 volvemos a encontrar la misma palabra: "exhube-